

UN CABALLERO EN AUSTRALIA O EN EL PUEBLECITO DE MI PAPÁ.



Cada verano, durante dos meses, iba al pueblo de mi papá para las vacaciones. La mayoría de las veces venía sola porque mi padre Félix Caballero Rihuete vivía en Barcelona donde estaba destinado por el ejército. Él era Teniente de Artillería, y vivió allí durante muchos años. Yo vivía en Madrid con mi abuelita materna Carmen Salas Láinez, original de Zaragoza. Vivíamos en la calle Mariblanca, en un piso que construyeron un poco después de la Guerra Civil. Mi madre, Carmen Paracuellos Salas, también de Zaragoza, murió en ese piso de complicaciones de parto en el año 1944. Desgraciadamente el bebé, al que llamaron Víctor, también murió. Yo tenía por entonces dos años.

Fue mi abuela la que me crió hasta el año 1956 cuando, trágicamente, murió atropellada por un camión en la entrada de un metro de La Gran Vía (yo tenía 15 años). Mi abuela era la única superviviente del linaje de mi madre, por eso Masegosa significaba tanto para mí, porque

me unía a raíces e historia que me pertenecían.

Mis primeros recuerdos de Masegosa, con tres o cuatro años, son los de mi padre poniéndome en la albarda de una yegua o mula junto con su maleta. Yo pensaba: «Seguro que vamos a Beteta a coger el autobús para Cuenca y desde allí el tren a Madrid». Desde entonces hice muchos viajes a Masegosa.

¿Qué tiene esa tierra que se te mete tanto en tu alma y corazón?

Aquí en Australia saben mucho de Masegosa, ya que durante años les he hablado de los recuerdos de esos veranos en los que yo compartía la vida del pueblo. Alternaba mi estancia entre las casas de las dos hermanas de mi padre, una semana en la de mi tía Rafaela Caballero Rihuete y su marido Restituto Rihuete Sanz, y la otra de mi tía Quiteria Caballero Rihuete, que era viuda y estaba dando la vuelta a la esquina.

La estancia en Masegosa era todo un descubrimiento de sentimientos y experiencias. Observaba los días laboriosos, donde todo tenía significado, sentido y propósito.

Mis tías Rafaela y Quiteria siempre me acogieron como una más de la familia; ellas y mis primas fueron un ejemplo muy grande para mí, su inteligencia y habilidad me inspiró. De los hombres de la familia puedo decir sin reservas que no se puede tener mejor ejemplo que el de mi tío Restituto, el hombre más noble que yo he conocido.

De Madrid iba en tren a Cuenca algunas veces acompañada por mi prima Araceli y luego en autobús a Beteta, (en esos días los autobuses no eran tan modernos como los de ahora y me parecía que tardaba muchísimo en llegar al pueblo). Arriba y arriba subía por las montañas. Recuerdo que a uno de esos conductores le gustaba «refrescarse» con unas copitas en cada parada de los pueblos que pasaba y como se hacía de noche, las montañas me parecían gigantísimas.

Relatos

Empezando siempre con la frase, «In the little town of my father...», les contaba a mis cuatro hijos las historias de lo laboriosa que era la vida del pueblo, especialmente en la temporada que yo visitaba. Pasaban días enteros en el campo segando y recogiendo las cosechas de legumbres, garbanzos, judías, etc., luego a la trilla, donde de niños nos divertíamos tanto cuando nos dejaban sentarnos en la silla de la trilla dando vueltas como si estuviéramos en una feria. Iba con mi primito Joaquín y otros amiguitos a jugar por todas partes del pueblo: en el viejo molino y por la laguna. ¡Qué días tan libres y sin preocupaciones! El trabajo era intenso en esas semanas antes de las Fiestas. Los hombres y las mujeres trabajaban juntos, pero siempre se sacaba tiempo para disfrutar. Siempre había música en la puerta del portal. Mi primo Tiburcio practicaba con su guitarra con otros mozos tocando las canciones populares de esos tiempos. Se lo pasaban muy bien porque creo que luego rondaban a las chicas. Las jotas también eran parte de la vida y las bailábamos en la cocina después de la cena. ¡Mi tío Restituto y yo nos creíamos «grandes bailarines»!

Y que bien se lo pasaban las chicas cuando por las tardes iban a coger agua a la fuente y aunque era trabajo, también era como un paseo, donde se contaban cosas las unas a las otras con mucha ilusión. Recuerdo que yo cogía bellotas por ese camino.

Les contaba por aquí como iba a la huerta con mis primitas Isabel o Anita para coger tomates, pepinos, lechugas, etc. para las ensaladas. El gusto que tenían no se puede comparar con el de ahora. El camino para la huerta es lo que a mí más me gustaba, disfrutaba con ver la naturaleza. En el camino a Lagunaseca pasábamos por un pinar (el Pinarejo) que era muy impresionante y yo me paraba durante muchos minutos a admirarlo. Tanto en este camino como en el que iba a Beteta siempre encontré una incomparable belleza.

Para las Fiestas se preparaban sus casas para que estuvieran más bonitas; las paredes del portal bañadas con una pintura blanca (blanquear) y luego se hacían unas roscas, rosquillas y galletas en unas mesas grandísimas en el horno municipal. Para mí era una maravilla ver a mis tías preparar estos típicos dulces ¡Por un momento imaginaos el olor!

Dejé España en el año 1961 y no volví hasta el 2002 (incluso fuimos a la fiesta del Rosario del ese año y comimos en el parque). Es mucho el tiempo que ha pasado, pero aquí la familia siempre estará agradecida a mis primos Isabel, Anita, Tiburcio y Joaquín y sus familias por la generosidad y entusiasmo que nos dieron en nuestra visita. Fue muy importante ver a Brígida y a Julián en Guadarrama y a Alfonso, Vicente, Araceli y Luz Divina. Entre Joaquín y Maribel nunca nos faltan las noticias y fotos de España y del pueblo.

Ahora aprecio mucho recibir esa excelente revista de Masegosa; tiene mucho valor y me hace mucha ilusión leerla. Aquí en Australia hablo de esta revista y voy a mandarla a algunas personas australianas que están interesadas. Les voy a traducir lo que dicen algunos de los artículos, y seguro que encontrarán esas tierras y su historia muy interesante.

M^a Jesús Caballero Paracuellos.

